

---

## CAPÍTULO I

# EL EFECTO MATEO

«PORQUE AL QUE TIENE, LE SERÁ DADO, Y TENDRÁ MÁS;  
Y AL QUE NO TIENE, AUN LO QUE TIENE LE SERÁ QUITADO».

(MATEO, 25, 29)

### 1.

Un cálido día de mayo de 2007, los Tigres de Medicine Hat y los Gigantes de Vancouver se enfrentaron para los campeonatos de *hockey* de la Copa Conmemoración en Vancouver (Columbia Británica). Los Tigres y los Gigantes eran los dos mejores equipos de la liga canadiense de *hockey*, que a su vez es la mejor liga de *hockey* juvenil del mundo. Aquí estaban las futuras estrellas de este deporte: chavales de diecisiete, dieciocho y diecinueve años que llevaban patinando y golpeando pelotas desde que eran unos mocosos.

La televisión pública canadiense retransmitía el partido. Por las calles del centro de Vancouver, banderines de la Copa Conmemoración colgaban de las farolas. Se vendieron todas las localidades. Una larga alfombra roja se extendió sobre el hielo, mientras el maestro de ceremonias presentaba a los dignatarios del partido. Primero vino el primer ministro de la Columbia Británica, Gordon Campbell. Entonces, entre aplausos tumultuosos, apareció Gordie Howe, una de las leyendas de este deporte.

—Damas y caballeros —aulló el presentador—: ¡el Sr. Hockey!

Durante los siguientes sesenta minutos, ambos equipos jugaron un *hockey* animado, agresivo. Vancouver anotó primero, al comienzo de la segunda parte, aprovechando un rebote de Mario Bliznak. Luego les llegó el turno a los Tigres, cuando su máximo anotador, Darren Helm, disparó un tiro que batió al portero de los Gigantes, Tyson Sexsmith. Vancouver contestó en el tercer periodo al marcar el tanto decisivo. Luego, cuando los de Medicine Hat sacaron el portero a la desesperada, Vancouver anotó por tercera vez.

Terminado el partido, los jugadores y sus familias, junto a redactores deportivos de todo el país, se apretujaron en el vestuario del equipo vencedor. El aire estaba cargado de humo de puro, olor a champán y uniformes empapados de sudor. De la pared colgaba una pancarta pintada a mano: «Abraza la lucha». En el centro de la sala, el entrenador de los Gigantes, Don Hay, luchaba por contener las lágrimas:

—Estoy tan orgulloso de estos tíos —dijo—. No hay más que ver este vestuario. Aquí, quien más quien menos se ha dejado la piel.

El *hockey* canadiense es una meritocracia. Miles de niños de ese país comienzan a practicar este deporte en el nivel de «principiante» incluso antes de ir a la guardería. De ahí en adelante, hay ligas para todos los grupos de edad, y en cada uno de estos niveles, los jugadores son tamizados, clasificados y evaluados, y a los más talentosos que hayan pasado la criba se los pasa al siguiente nivel. Cuando los jugadores llegan a su adolescencia, los mejores de entre los mejores han sido canalizados por una liga de elite conocida como la Major Junior A, que es la cima de la pirámide. Y si tu equipo de esta liga juega por la Copa Conmemoración, eso significa que estás en la cúspide misma de la cima.

Así es como en la mayor parte de los deportes se selecciona a las futuras estrellas. Así está organizado el fútbol en Europa y Sudamérica, y así es como se hacen los atletas olímpicos. Tampoco es tan diferente del modo en que el mundo de la música clásica escoge a sus futuros virtuosos, ni del modo en que el mundo de *ballet* clásico escoge a sus futuras bailarinas ni del modo en que nuestras elites educativas escogen a sus futuros científicos e intelectuales.

No se puede comprar un sitio en la liga Major Junior A de *hockey*. No importa quién se tenga por padre o madre, quién fuera el abuelo de uno ni en qué negocio está su familia, como tampoco importa si vive en la esquina más remota de la provincia más septentrional de Canadá. Si es un jugador de *hockey* digno de ese nombre, la enorme red de cazatalentos le encontrará; y si está dispuesto a trabajar para desarrollar esa capacidad, el sistema le recompensará. El éxito en el *hockey* está basado en el *mérito individual*. Se juzga a los jugadores sobre la base de su propio rendimiento, no sobre el de algún otro, y sobre la base de su capacidad, no sobre algún otro hecho arbitrario.

¿... O sí?

## 2.

Éste es un libro sobre fueros de serie, sobre hombres y mujeres que hacen cosas que están fuera de lo ordinario. A lo largo de los capítulos que seguirán, les presentaré a un tipo de fuera de serie tras otro: genios, magnates de los negocios, estrellas del *rock* y programadores de *software*. Vamos a destapar los secretos de un letrado eminente, mirar qué separa a los mejores pilotos de los que estrellan aviones e intentar entender por qué a los asiáticos se les dan tan bien las matemáticas. Y en el examen de las vi-

das de los más sobresalientes entre nosotros —los más expertos, más talentosos o más inspirados—, argumentaré que hay algo profundamente erróneo en el valor que otorgamos al éxito.

¿Cuál es la pregunta que siempre nos hacemos sobre los triunfadores? Queremos saber *cómo* son: qué tipo de personalidad tienen, cuán inteligentes son o cuál es su modo de vida o con qué talentos especiales pueden haber nacido. Y suponemos que dichas cualidades personales explican cómo el individuo alcanzó la cima.

En las autobiografías publicadas cada año por el millonario/empresario/estrella del *rock*/famoso de turno, la historia se repite invariablemente: nuestro héroe nace en circunstancias modestas y, en virtud de sus propios empuje y talento, se abre camino a la grandeza. En el Antiguo Testamento, José, extrañado por sus hermanos, que lo venden como esclavo, supera su circunstancia hasta convertirse en el brazo derecho del faraón gracias a su propia brillantez y perspicacia. En las famosas novelas decimonónicas de Horatio Alger, jóvenes nacidos en la pobreza ascienden a la riqueza mediante una combinación de valor e iniciativa. «Creo que en general es una desventaja», dijo en cierta ocasión Jeb Bush de lo que había significado para su carrera empresarial el hecho de ser hijo de un presidente estadounidense, hermano de otro presidente estadounidense y nieto de un senador estadounidense y opulento banquero de Wall Street. Cuando concurrió a las elecciones para gobernador de Florida, se presentaba repetidamente como «un hombre hecho a sí mismo»; y da la medida de cuán profundamente asociamos el éxito con los esfuerzos del individuo, el que pocos pestañearan siquiera ante aquella descripción.

—Levantad las cabezas —dijo Robert Winthrop a la muchedumbre muchos años atrás, en el acto para descubrir

un monumento al gran héroe de la Independencia estadounidense Benjamín Franklin—, y contemplad la imagen de un hombre que se elevó de la nada, que nunca debió nada a la familia ni al patrocinio, que no disfrutó de ninguna de las ventajas de una temprana educación que se os ofrecen hoy centuplicadas; que desempeñó los servicios más humildes en los negocios en que empleó su temprana vida; pero que vivió para estar en pie ante reyes y murió para dejar un nombre que el mundo nunca olvidará.

En *Fueras de serie*, pretendo convencer al lector de que estas explicaciones personales del éxito no funcionan. La gente no se eleva de la nada. Sí debemos algo a la familia y al patrocinio. Tal vez parezca que una persona que está de pie ante un rey lo hizo todo por sí misma. Pero, de hecho, es invariablemente un beneficiario de ventajas ocultas, ocasiones extraordinarias y herencias culturales que le permiten, trabajando duro, aprender y comprender algo del mundo que está fuera del alcance de los demás. También marca una diferencia dónde y cuándo nos criamos. La cultura a la que pertenecemos y la herencia de nuestros antepasados conforma el modelo de nuestros logros de maneras que no podemos comenzar a imaginarnos. En otras palabras, no basta con preguntarnos cómo es la gente que tiene éxito. Sólo preguntándonos *de dónde* son podremos desentrañar la lógica que subyace a quién tiene éxito y quién no.

Los biólogos suelen hablar de la «ecología» de un organismo: el roble más alto del bosque es el más alto no sólo por haber nacido de la bellota más resistente, sino también porque ningún otro árbol le bloqueó la luz del sol, porque el subsuelo que rodeaba sus raíces era profundo y rico, porque ningún conejo le mordisqueó la corteza cuando era un tallo joven ni ningún leñador lo taló antes de que madurara. Sabemos que la gente exitosa viene de semillas robustas. Pero ¿sabemos bastante sobre la luz del

sol que la calentó, del suelo en el que hundió sus raíces y los conejos y leñadores que tuvo la fortuna de evitar? Éste no es un libro sobre árboles altos; es un libro sobre bosques: y el *hockey* es un buen lugar para comenzar, porque la explicación de quién llega a la cima en el mundo del *hockey* es mucho más interesante y complicada de lo que parece. De hecho, resulta bastante rara.

## 3.

He aquí la plantilla de los Tigres de Medicine Hat para la temporada 2007. Eche un buen vistazo a ver si descubre algo raro en ella.

Nº	Nombre	Puesto	I/D	Estatura	Peso	Fecha de nacimiento	Nacido en
9	Brennan Bosch	C	D	1,74	78	14 de febrero de 1988	Martensville (Saskatchewan)
11	Scott Wasden	C	D	1,85	85	4 de enero de 1988	Westbank (Columbia Británica)
12	Colton Grant	DI	I	1,75	80	20 de marzo de 1989	Standard (Alberta)
14	Darren Helm	DI	I	1,84	82	21 de enero de 1987	Saint Andrews (Manitoba)
15	Derek Dorsett	DD	I	1,80	81	20 de diciembre de 1986	Kindersley (Saskatchewan)
16	Daine Todd	C	D	1,79	78	10 de enero de 1987	Red Deer (Alberta)
17	Tyler Swystun	DD	D	1,80	84	15 de enero de 1988	Cochrane (Alberta)
19	Matt Lowry	C	D	1,84	84	2 de marzo de 1988	Neepawa (Manitoba)
20	Kevin Undershute	DI	I	1,83	81	12 de abril de 1987	Medicine Hat (Alberta)
21	Jerrid Sauer	DD	D	1,78	89	12 de septiembre de 1987	Medicine Hat (Alberta)

EL EFECTO MATEO

N°	Nombre	Puesto	I/D	Estatura	Peso	Fecha de nacimiento	Nacido en
22	Tyler Ennis	C	I	1,75	72	6 de octubre de 1989	Edmonton (Alberta)
23	Jordan Hickmott	C	D	1,84	83	11 de abril de 1990	Mission (Columbia Británica)
25	Jakub Rumpel	DD	D	1,73	75	27 de enero de 1987	Hrnciarovce (Eslovaquia)
28	Bretton Cameron	C	D	1,80	76	26 de enero de 1989	Didsbury (Alberta)
36	Chris Stevens	DI	I	1,78	89	20 de agosto de 1986	Dawson Creek (Columbia Británica)
3	Gord Baldwin	D	I	1,95	93	1 de marzo de 1987	Winnipeg (Manitoba)
4	David Schlemko	D	I	1,86	88	7 de mayo de 1987	Edmonton (Alberta)
5	Trever Glass	D	I	1,83	86	22 de enero de 1988	Cochrane (Alberta)
10	Kris Russell	D	I	1,78	80	2 de mayo de 1987	Caroline (Alberta)
18	Michael Sauer	D	D	1,90	93	7 de agosto de 1987	Sartell (Minnesota)
24	Mark Isherwood	D	D	1,83	83	31 de enero de 1989	Abbotsford (Columbia Británica)
27	Shayne Brown	D	I	1,86	90	20 de febrero de 1989	Stony Plain (Alberta)
29	Jordan Bendfeld	D	D	1,91	104	9 de febrero de 1988	Leduc (Alberta)
31	Ryan Holfeld	P	I	1,80	75	29 de junio de 1989	LeRoy (Saskatchewan)
33	Matt Kectley	P	D	1,88	86	27 de abril de 1986	Medicine Hat (Alberta)

C=Central ; D=Defensa; DI=Delantero izquierdo; DD=Delantero derecho; P=Portero.

¿No lo ve? No se sienta mal: durante muchos años, nadie en el mundo del *hockey* reparó en ello. De hecho, no fue hasta mediados de los años ochenta cuando un psicólogo canadiense, Roger Barnsley, llamó la atención por vez primera sobre el fenómeno de la edad relativa.

Barnsley estaba en el sur de Alberta viendo un partido de *hockey* de los Lethbridge Broncos, un equipo que jugaba en la misma liga Major Junior A que los Gigantes de Vancouver y los Tigres de Medicine Hat. Barnsley estaba allí con su esposa, Paula, y sus dos hijos varones. Cuando Paula hojeaba el programa, se fijó en una lista como la que acabamos de ver.

—Roger —dijo—, ¿sabes cuándo nacieron estos chicos?

—Sí —contestó Barnsley—. Todos tienen entre dieciséis y veinte años, así que habrán nacido a finales de los sesenta.

—No, no —continuó Paula—. En qué *mes*.

«Pensé que estaba loca», recuerda Barnsley. «Pero miré lo que decía y entonces yo también lo vi. Por alguna razón, había un número increíble de nacimientos en enero, febrero y marzo».

Aquella noche, ya en casa, Barnsley consultó las fechas de nacimiento de todos los jugadores de *hockey* profesionales que pudo encontrar. Se repetía el mismo patrón. Barnsley, su esposa, y un colega, A. H. Thompson, recopilaron estadísticas sobre todos los jugadores en la liga juvenil de *hockey* de Ontario. La historia era la misma: en enero habían nacido más jugadores que en cualquier otro mes, y por un margen aplastante. ¿El segundo mes de nacimientos más frecuentes? Febrero. ¿El tercero? Marzo. Barnsley descubrió que por cada jugador de la liga juvenil de *hockey* de Ontario nacido en noviembre había casi 5,5 nacidos en enero. Consultó las selecciones sub-11 y sub-13: la misma historia. Miró la composición de la liga nacional de *hockey*. La misma historia. Cuanto más lo miraba, más se convencía de que lo que estaba viendo no obedecía al azar, sino que era una ley de hierro del *hockey* canadiense; a saber: en cualquier equipo de la elite del *hockey* —la flor y nata—, el 40 por ciento de los jugadores habrá nacido entre enero y marzo; el 30 por ciento, entre abril y junio;

el 20 por ciento, entre julio y septiembre; y el 10 por ciento, entre octubre y diciembre.

—En todos mis años de dedicación a la psicología, nunca he observado un efecto de esta magnitud —asegura Barnsley—. Ni siquiera hay que hacer un análisis estadístico. Basta con mirar.

Volvamos a la plantilla de los de Medicine Hat. ¿Lo ve ahora? Diecisiete de los veinticinco jugadores del equipo han nacido en enero, febrero, marzo o abril.

Aquí está la narración jugada a jugada de los dos primeros goles en la final de la Copa Conmemoración, sólo que esta vez he sustituido los nombres de los jugadores por sus fechas de cumpleaños. Ya no suena como el campeonato de *hockey* canadiense *junior*. Ahora suena como un extraño ritual deportivo para muchachos adolescentes nacidos bajo los signos astrológicos de Capricornio, Acuario y Piscis:

*11 de marzo arranca a un lado de la red de los Tigres, se la deja a su compañero de equipo 4 de enero, que se la pasa a 22 de enero, que la retrasa para 12 de marzo, quien se la tira derecha al meta de los Tigres, 27 de abril. 27 de abril bloca el tiro, pero 6 de marzo de Vancouver recoge el rebote. ¡Y lanza! Los defensas de Medicine Hat 9 de febrero y 14 de febrero se lanzan a bloca la pelota mientras 10 de enero contempla impotente la escena. ¡6 de marzo ha marcado!*

Comienza el segundo tiempo:

*Medicine Hat al ataque. El máximo anotador de los Tigres, 21 de enero, carga por la banda derecha del hielo. Se para y circula, eludiendo al defensa de Vancouver 15 de febrero. Entonces, 21 de enero pasa la pelota hábilmente a su compañero de equipo 20 de diciembre —¿de dónde habrá salido?—, que se quita de encima al defensa 17 de mayo y devuelve un cross-crease a 21 de enero.*

*¡Y dispara! El defensa de Vancouver 12 de marzo se lanza intentando bloquear el tiro. El portero de Vancouver, 19 de marzo, braccia inútilmente. ¡Gol de 21 de enero!, que levanta los brazos en señal de triunfo ante su compañero de equipo 2 de mayo, que no cabe en sí de gozo.*

## 4.

La explicación de todo esto es bastante simple. No tiene nada que ver con la astrología, ni tampoco con ninguna propiedad mágica de los tres primeros meses del año. Es simplemente que en Canadá la fecha de corte para seleccionar jugadores de *hockey* en un grupo de edad es el 1 de enero. Así, un muchacho que cumpla diez años el 2 de enero podría estar jugando con alguien que no cumple los diez hasta finales de año; y a esa edad, en la preadolescencia, doce meses más o menos pueden significar una enorme diferencia de madurez física.

Tratándose de Canadá, el país más enloquecido con el *hockey* que hay sobre la faz de la tierra, los entrenadores comienzan a seleccionar a jugadores para la «rep» (la «sele») a los nueve o diez años; y, desde luego, es más probable que se fijen en los jugadores más grandes y mejor coordinados, que se benefician de unos meses suplementarios cruciales para su madurez.

¿Y qué pasa cuando a un jugador lo eligen para la selección? Que recibe el mejor entrenamiento, que sus compañeros de equipo son los mejores y que juega cincuenta o setenta y cinco partidos por temporada en vez de veinte, como los que deambulan por divisiones de menos brillo, así que practica el doble o hasta el triple que si no hubiera sido seleccionado. Al principio, su ventaja no es tanto el que él sea intrínsecamente mejor, sino sólo que es un poco

más viejo. Pero a los trece o catorce años, con la ventaja de un mejor entrenamiento y toda la experiencia adquirida, realmente *es* mejor, lo que le da más probabilidades de llegar a la liga Major Junior A, y de allí a las ligas grandes\*.

Barnsley argumenta que estos sesgos en las distribuciones por edades se producen siempre que concurren tres factores: selección, clasificación y experiencia diferenciada. Si uno toma una decisión sobre quién es bueno y quién no a una edad temprana; si se separa a los «talentosos» de los que no lo son; y si se dota a aquellos «talentosos» de una experiencia superior, lo que se hace es otorgar una enorme ventaja al pequeño grupo de nacidos poco después de la fecha de corte.

En Estados Unidos, el fútbol y el baloncesto no seleccionan, clasifican ni establecen distinciones de manera tan dramática. En consecuencia, un niño puede ir un poco por detrás físicamente en estos deportes pero, aun así, jugar tantas horas como sus compañeros de clase algo mayores\*\*. Pero el béisbol es otra cosa. La fecha de corte en casi todas las ligas

---

\* El modo en que los canadienses seleccionan a los jugadores de *hockey* es un hermoso ejemplo de lo que el sociólogo Robert Merton bautizó a las mil maravillas como «profecía autocumplida», o situación en que «una definición falsa empieza [...] por evocar un nuevo comportamiento que vuelve verdadero el falso concepto original». Los canadienses comienzan con una definición falsa de quiénes son los mejores jugadores de *hockey* de nueve y diez años. Se limitan a escoger a los más viejos de cada hornada. Pero el modo en que tratan a estas «estrellas» termina por corregir su falso juicio original. En palabras de Merton, «esta engañosa validez de la profecía autocumplida perpetúa el imperio del error, ya que el profeta esgrimirá el curso real de los acontecimientos como prueba de que él tenía razón desde el principio».

\*\* Un jugador de baloncesto físicamente inmaduro en una ciudad estadounidense es probable que pueda jugar tantas horas de baloncesto en un año dado como un compañero de clase relativamente más viejo, puesto que abundan las canchas de baloncesto y las personas dispuestas a jugar. No es lo que pasa con el *hockey* sobre hielo, donde es necesaria una pista helada. Al baloncesto lo salva su accesibilidad y omnipresencia.

de béisbol no escolares de Estados Unidos es el 31 de julio; y, en consecuencia, agosto alumbró más jugadores de las ligas principales que cualquier otro mes (las cifras son asombrosas: en 2005, entre los jugadores de béisbol estadounidenses que militan en las ligas principales, 505 habían nacido en agosto, en contraste con los 313 nacidos en julio).

Del mismo modo, el fútbol europeo está organizado como el *hockey* y el béisbol; y los cortes por fecha de nacimiento en aquel deporte están también profundamente sesgados. En Inglaterra, la fecha de corte es el 1 de septiembre. Pues bien, en un momento dado de los años noventa, había 288 jugadores en Primera División nacidos entre septiembre y noviembre, y sólo 136 nacidos entre junio y agosto. En el fútbol internacional, la fecha de corte solía ser el 1 de agosto; así, en un reciente Mundial *junior*, 135 jugadores habían nacido en los tres meses que siguen al 1 de agosto, y solamente 22 en mayo, junio y julio. Hoy la fecha de corte en el fútbol *junior* internacional es el 1 de enero. Mire la plantilla de la selección checa de fútbol 2007, que alcanzó la final del Mundial *junior*.

Esto ya lo hemos visto, ¿no?

Nº	Jugador	Fecha de nacimiento	Puesto
1	Marcel Gecov	1 de enero de 1988	Medio
2	Ludek Frydrych	3 de enero de 1987	Portero
3	Petr Janda	5 de enero de 1987	Medio
4	Jakub Dohnalek	12 de enero de 1988	Defensa
5	Jakub Mares	26 de enero de 1987	Medio
6	Michal Held	27 de enero de 1987	Defensa
7	Marek Strestik	1 de febrero de 1987	Delantero
8	Jiri Valenta	14 de febrero de 1988	Medio
9	Jan Simunek	20 de febrero de 1987	Defensa
10	Tomas Oklestek	21 de febrero de 1987	Medio
11	Lubos Kalouda	21 de febrero de 1987	Medio

Nº	Jugador	Fecha de nacimiento	Puesto
12	Radek Petr	24 de febrero de 1987	Portero
13	Ondrej Mazuch	15 de marzo de 1989	Defensa
14	Ondrej Kudela	26 de marzo de 1987	Medio
15	Marek Suchy	29 de marzo de 1988	Defensa
16	Martin Fenin	16 de abril de 1987	Delantero
17	Tomas Pekhart	26 de mayo de 1989	Delantero
18	Lukas Kuban	22 de junio de 1987	Defensa
19	Tomas Cihlar	24 de junio de 1987	Defensa
20	Tomas Frystak	18 de agosto de 1987	Portero
21	Tomas Micola	26 de septiembre de 1988	Medio

Estos ojeadores checos... Lo mismo podían haber dicho a los chavales nacidos después de junio que hicieran la maleta y se fueran con su mamá.

El *hockey* y el fútbol no son sino juegos, desde luego, y sólo afectan a unos pocos escogidos. Pero exactamente estas mismas tendencias se manifiestan también en áreas cuyas consecuencias son mucho más importantes, como la educación. Muchos padres de un niño nacido al final del año civil suelen considerar la posibilidad de dejar pasar un año antes de que su hijo empiece en el jardín de infancia: un niño de cinco años puede parecer mucho menor a otro nacido meses antes en el mismo año. Pero la mayor parte de los padres, se barrunta uno, piensan que cualquier desventaja que un niño más joven afronte en el jardín de infancia acabará por diluirse, ¿no? *Pues no*. Pasa como con el *hockey*, que persiste la pequeña ventaja inicial que el niño nacido en la primera mitad del año tiene sobre el niño nacido en la segunda. Encierra a los niños en una dinámica de logro contra frustración, de estímulo contra desaliento, que se prolonga sin cesar durante años.

Recientemente, dos economistas —Kelly Bedard y Elizabeth Dhuey— estudiaban la relación entre puntuaciones en

lo que se llama Tendencias de Matemática Internacional y Estudios Científicos o TIMSS (un control de matemáticas y ciencias hecho cada cuatro años por niños en muchos países de todo el mundo) y el mes de nacimiento. Encontraron que, entre los alumnos de cuarto grado, los niños obtenían notas entre cuatro y doce puntos porcentuales mejores que los niños más jóvenes. Esto, como explica Dhuey, es «un efecto enorme». Significa que, si se examina a dos alumnos de cuarto intelectualmente equivalentes que cumplan años en fechas mutuamente opuestas respecto de la fecha de corte, el estudiante más viejo podría obtener un 8, mientras el más joven se anotaría un 6,8. La diferencia entre acceder o no a un programa de excelencia.

—Es igual que en los deportes —explica Dhuey—. Discriminamos grupos según su capacidad ya desde la niñez. Tenemos grupos avanzados de lectura y grupos avanzados de matemáticas. Ya en el jardín de infancia se hacen clasificaciones que confunden la madurez con la capacidad. Así, se destina a los niños más viejos a la corriente avanzada, donde mejoran sus habilidades; y al año próximo, como están en los grupos avanzados, sus resultados son aún mejores; y al año próximo vuelve a ocurrir lo mismo, y ellos mejoran su progresión. El único país donde no se reproduce este modelo es Dinamarca. Allí la política nacional no contempla ninguna división en grupos según la capacidad, sino hasta los diez años de edad.

En otras palabras, en Dinamarca se aplaza la selección hasta que se hayan nivelado las diferencias de madurez debidas a la edad relativa.

Dhuey y Bedard procedieron a repetir el mismo análisis, mirando esta vez al ámbito académico. ¿Qué encontraron? En las facultades estadounidenses —el sector más alto de educación postsecundaria— los estudiantes que pertenecen al grupo relativamente más joven de su clase

están infrarrepresentados en un 11,6 por ciento. La diferencia de madurez inicial no se diluye con el tiempo. Persiste. Y para miles de estudiantes, aquella desventaja inicial marca la diferencia entre ir a la universidad —y tener una verdadera oportunidad de acceso a la clase media— o no\*.

—Más que extraño —dice Dhuey—, resulta ridículo que la elección arbitraria de una fecha de corte provoque efectos tan importantes y duraderos, sin que nadie parezca preocuparse por ello.

## 5.

Pensemos un momento en lo que la historia del *hockey* y los nacimientos en invierno nos dice sobre el éxito.

Nos dice que nuestra idea de que son mejores y más brillantes quienes se elevan sin esfuerzo a la cima peca de simplista. Sí, los jugadores de *hockey* que alcanzan el nivel profesional tienen más talento que usted o yo. Pero también tuvieron un arranque en cabeza, una oportunidad que no hicieron nada por merecerse, que no se ganaron. Y aquella oportunidad desempeñó un papel crítico en su éxito.

El sociólogo Robert Merton llamó certeramente a este fenómeno «el efecto Mateo», por el versículo del Nuevo Testamento según san Mateo que reza: «Porque al que tie-

---

\* No acaban ahí los fenómenos sociales que pueden vincularse con la edad relativa. Barnsley y dos de sus colegas, por ejemplo, observaron que entre los estudiantes que intentan suicidarse son también más frecuentes los nacidos en la segunda mitad del año escolar. Su explicación fue que una mayor incidencia de fracaso escolar puede conducir a la depresión. La conexión entre la edad relativa y el suicidio, sin embargo, no es ni de lejos tan pronunciada como la correlación vista entre la fecha de nacimiento y el éxito en los deportes.

ne, le será dado, y tendrá más; y al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado». Son los exitosos, en otras palabras, los que tienen más probabilidades de recibir el tipo de oportunidad especial que conduce a ahondar en el éxito. Son los ricos quienes consiguen las mayores ventajas fiscales. Los mejores estudiantes obtienen la mejor enseñanza y la mayor parte de la atención. Y los niños más grandes entre los de nueve y diez años son los que acceden al mejor entrenamiento práctico. El éxito resulta de lo que a los sociólogos les gusta llamar «ventaja acumulativa». El jugador de *hockey* profesional comienza un poquito mejor que sus pares. Y esa poquita diferencia le conduce a una oportunidad que de verdad marca la diferencia; y, a su vez, ello conduce a otra oportunidad, que agranda más aún la que al principio era una diferencia tan pequeña, y así hasta que nuestro jugador de *hockey* se convierte en un verdadero fuera de serie. Pero él no empezó como fuera de serie. Simplemente empezó un poquito mejor.

La segunda enseñanza del ejemplo del *hockey* es que los sistemas que hemos fijado para determinar quién adelanta no son particularmente eficaces. Pensamos que organizar cuanto antes ligas de elite y programas para los más dotados son el mejor modo de garantizar que ningún talento resbale por las grietas. Pero repasemos de nuevo aquella selección checa de fútbol. No hay ningún jugador nacido en julio, octubre, noviembre ni diciembre, y sólo uno en agosto y otro en septiembre. Todos los nacidos en la segunda mitad del año cayeron desalentados, pasados por alto, empujados fuera del deporte. *Se ha dilapidado el talento de esencialmente la mitad de la población atlética checa.*

Así que ¿qué hace un atlético joven checo con la desgracia de haber nacido en la segunda mitad del año? Jugar al fútbol, no. La bolita de esa ruleta no se para en los últimos meses. Tal vez pueda practicar otro deporte

con el que los checos están obsesionados: el *hockey*. Pero espere (¿a que ya lo ve venir?): aquí tiene la lista de la selección checa *junior* de *hockey* 2007, que terminó en quinto lugar los campeonatos mundiales.

Nº	Jugador	Fecha de nacimiento	Puesto
1	David Kveton	3 de enero de 1988	Delantero
2	Jiri Suchy	3 de enero de 1988	Defensa
3	Michael Kolarz	12 de enero de 1987	Defensa
4	Jakub Vojta	8 de febrero de 1987	Defensa
5	Jakub Kindl	10 de febrero de 1987	Defensa
6	Michael Frolik	17 de febrero de 1989	Delantero
7	Martin Hanzal	20 de febrero de 1987	Delantero
8	Tomas Svoboda	24 de febrero de 1987	Delantero
9	Jakub Cerny	5 de marzo de 1987	Delantero
10	Tomas Kudelka	10 de marzo de 1987	Defensa
11	Jaroslav Barton	26 de marzo de 1987	Defensa
12	H. O. Pozivil	22 de abril de 1987	Defensa
13	Daniel Rakos	25 de mayo de 1987	Delantero
14	David Kuchejda	12 de junio de 1987	Delantero
15	Vladimir Sobotka	2 de julio de 1987	Delantero
16	Jakub Kovar	19 de julio de 1988	Portero
17	Lukas Vantuch	20 de julio de 1987	Delantero
18	Jakub Voracek	15 de agosto de 1989	Delantero
19	Tomas Pospisil	25 de agosto de 1987	Delantero
20	Ondrej Pavelec	31 de agosto de 1987	Portero
21	Tomas Kana	29 de noviembre de 1987	Delantero
22	Michal Repik	31 de diciembre de 1988	Delantero

Los nacidos en el último trimestre del año podrían igualmente desistir de intentar siquiera jugar al *hockey*.

¿Vemos ahora las consecuencias del modo en que hemos decidido concebir el éxito? Cuando lo personalizamos tan profundamente, omitimos ocasiones de elevar a otros a un peldaño superior. Hacemos las reglas que frustran los

logros. Amortizamos a la gente antes de tiempo como fracasados. Sentimos demasiado respeto por los que tienen éxito y demasiado poco por los que no. Por encima de todo, nos hemos vuelto demasiado pasivos. Pasamos por alto el papel tan grande que desempeñamos —y este «nosotros» significa «la sociedad»— a la hora de determinar quién lo consigue y quién no.

Si quisiéramos, podríamos reconocer que las fechas de corte tienen importancia. Podríamos establecer dos o incluso tres ligas de *hockey*, separadas según el mes de nacimiento. Que los jugadores evolucionen en competiciones separadas y que luego las selecciones se hagan de ahí. Si todos los atletas checos y canadienses nacidos a finales de año tuvieran mejores probabilidades, los equipos nacionales checo y canadiense de repente dispondrían del doble de buenos atletas entre los que elegir.

Con la educación podría hacerse lo mismo. La escuela primaria y secundaria podría dividir a los alumnos nacidos entre enero y abril en una clase; a los de mayo a agosto, en otra; y a aquellos nacidos desde septiembre hasta diciembre, en una tercera. Con esto los alumnos aprenderían y competirían con otros estudiantes de su mismo nivel de madurez. Sería un poquito más complicado administrativamente, pero no tendría por qué ser mucho más caro, y nivelaría el campo deportivo para todos aquellos a quienes el sistema educativo ha colocado en situación de gran e inmerecida desventaja. Es decir, que podríamos tomar fácilmente el mando de la maquinaria del éxito, no sólo en materia de deportes, sino, como también veremos, en otras áreas más relevantes. Pero no lo hacemos. ¿Por qué no? Porque abrazamos la idea de que el éxito obedece a una función simple de mérito individual, como si el mundo en que crecemos y las reglas que rigen la sociedad no importasen en absoluto.

## 6.

Antes de la final de la Copa Conmemoración, Gord Wasden, padre de uno de los Tigres de Medicine Hat, hablaba de su hijo Scott al borde de la pista de hielo. Llevaba un gorro y una camiseta del club de sus amores.

—Cuando él tenía cuatro y cinco años —recordaba Wasden—, su hermanito andaba con un tacatá, y él ya llevaba un palo de *hockey* en la mano; jugaba al *hockey* en la cocina, de la mañana a la noche. Lo de Scott era pasión por este deporte. Desde que jugaba en las ligas menores siempre lo seleccionaban para la Triple A. Ha militado en la elite desde que era un alevín —se notaba que a Wasden le ponía nervioso que su hijo estuviera a punto de disputar el partido más importante de su vida—. Ha tenido que trabajar mucho para llegar hasta aquí. Estoy muy orgulloso de él.

He aquí los ingredientes del éxito en todo su esplendor: pasión, talento y esfuerzo. Pero había otro elemento. ¿Cuándo descubrió Wasden que lo de su hijo era especial?

—Siempre fue un chico grande para su edad. Era fuerte, y tenía mucho gol para ser tan joven. Esto le convertía en un líder, un capitán de su equipo...

¿Grande para su edad? Y tanto. Scott Wasden nació el 4 de enero, sólo tres días después de la fecha perfecta para un jugador de *hockey* de elite. Él era uno de los afortunados. Pero si la fecha de corte para el *hockey* canadiense hubiera sido posterior, bien podría haber visto el campeonato de Copa Conmemoración desde la grada en vez de protagonizarlo desde el hielo.